

LA REFORMA Y EL MARTILLO

(Contra el culto al proletariado en los movimientos estudiantiles)

Eduardo Valenzuela

fácil que su realización la dejamos para última hora". (Mástil 2, 1930). "La autonomía universitaria es un mito burgués tan viejo como el de la libertad individual y tan pernicioso el uno como el otro... Lo cierto es que una democratización real (en la universidad) no tiene sentido en un régimen capitalista... La docencia libre es otro espejismo de la juventud y de la asistencia libre se puede decir que si bien abre aparentemente las puertas de la Universidad a todo individuo, no pasa más allá de ser un buen propósito. Podrían analizarse los diferentes puntos de los programas de reforma universitaria porque se ha luchado no sólo en nuestro país sino en América toda, desde el manifiesto de los estudiantes de Córdoba del año 18 hasta nuestros días, y a través de cada uno de ellos no se advertiría en esencia más que el deseo intenso de las clases burguesas de afirmarse, de asegurar su patrimonio económico, político y cultural" (Mástil N° 4, 1932).

La ruptura con el programa de Córdoba y el temperamento de los movimientos estudiantiles reformistas es profunda y definitiva. La insurgencia estudiantil de esos años es calificada de "mucho literatura, mucho lirismo, mucho romanticismo libertario, pequeño burgués, al servicio de una política determinada y a lo más, un connubio de idealismo y revolucionarismo sin alcance social verdadero" (Síntesis, N° 1, 1933).

La crítica marxista de la generación estudiantil anterior abarca no solamente el desprecio por el reformismo universitario, sino también la crítica del carácter generacional que asumió la protesta política de los estudiantes del veinte. Desde una generación que se autoasignaba una misión histórica que cumplir en la realización de una nueva sociedad, se pasa a otra generación que no oculta su autodesprecio por el origen social pequeño burgués de los estudiantes. Por contrapartida, se construye entre los estudiantes marxistas un poderoso "culto al proletariado y al trabajo manual" y se hace descansar las posibilidades políticas de los estudiantes en el "proceso de proletarianización de la pequeña burguesía" que inevitablemente debía provocar la crisis capitalista.

El contrapunto entre ambas generaciones aparece cristalinamente en una selección de poemas publicados por la revista Síntesis bajo el título "La Poesía, La Epoca y Los Estudiantes". En estas páginas se reproducen algunos poemas de Domingo Gómez Rojas, símbolo del idealismo estudiantil chileno del veinte, que muestran a esa "juventud que vive siempre en trance de heroísmo" según el Manifiesto de Córdoba. Por ejemplo, en "Protestas de Piedad" Gómez Rojas escribe:

En esta Cárcel donde los hombres me trajeron
en donde la injusticia de una ley nos encierra:
he pensado en las tumbas en donde se pudrieron
magistrados y jueces que hoy son polvo en la tierra.

Desde aquí sueño Madre con el sol bondadoso
que viste oro diáfano al mendigo harapiento,
con las vastas llanuras, con el cielo glorioso,
con las aves errantes, con las aguas y el viento.

La libertad que canta con las aves y es trino
con los niños, es juego; con la flor es fragancia;
con las aguas canción, con el viento divino
véspero, errante aroma de la lejana distancia.

Todo es nostalgia Madre y en esta Cárcel fría
mi amor de humanidad, prisionero, se expande
y piensa y sueña y canta por el cercano día
de la gran libertad sobre la tierra grande.

El punto de vista materialista de la nueva generación se expone, en
cambio, en los poemas de Moisés Cáceres, Astolfo Tapia. El poema "Trabajo"
de Cáceres dice así:

Resuello de fuelles. Músculos. Sienes.
Brazos expertos para dar el tajo.
Dinamos. Navíos. Aeroplanos. Trenes.
¡Bendito sea el fruto del trabajo!

Martillos, martillos, martillos.
Metamorfosis de bronces y hierros.
Cesan su música los organillos,
y ladran los yunques como perros!

Por entre enredaderas de andamiajes
crecen altos árboles de cemento.
Pero en los dolorosos suburbiajes
está podrido hasta el olor del viento.

Orquesta de hélices y motores.
Soles de quinientas o más bujías.
Cansancios... Insultos... Sudores...
Dios imalditas sean tus ironías!

Por su parte, Tapia Moore escribe en "Brazo y Acero":

Golpes de martillo
tensión eléctrica.
Por edificios grandes de firmeza proletaria
se desgranran los hombres de la era del mañana.

Un brazo gigante
mueve una rueda más gigante
y de la fábrica humana
de yunque de acero
sale la chimenea enorme de una nueva cultura

La crítica de la reforma universitaria y el culto al proletariado
han sido desde entonces los instrumentos fundamentales a través de los cuales

se ha constituido la ideología universitaria de la izquierda chilena(1). La conciencia espontánea de los estudiantes alcanza estrechamente los propósitos de una reforma universitaria pequeñoburguesa. Por lo tanto, se hace necesario la constitución del partido que vincule los esfuerzos estudiantiles con la actividad revolucionaria del proletariado, a través del cual la lucha estudiantil adquiere una proyección histórica (2).

Como se sabe, esta ideología ha llevado únicamente a la constitución de movimientos de juventudes políticas dentro de las universidades. La adscripción de las luchas estudiantiles a los partidos condujo inevitablemente al abandono de la reforma universitaria y a la instrumentalización de los estudiantes en la lucha política inmediata (3).

El programa de Córdoba fue definitivamente reemplazado por los métodos clásicos del activismo político. La izquierda renunció al reclamo histórico de los estudiantes por democratizar el poder universitario y convertir a los estudiantes en una fuerza social renovadora. Las luchas estudiantiles de

- (1) El "culto al proletariado" fue formulado luego, más pragmáticamente, a través de la tesis de la "alianza obrero-estudiantil", que se convirtió en una de las consignas básicas de la izquierda universitaria. Dicha alianza se justificó diciendo que la reforma democrática de la Universidad nunca sería posible mientras no se realizara una revolución total de la sociedad. No obstante, este argumento sirvió para desprestigiar la reforma y subordinar la lucha por la democratización universitaria a los objetivos políticos de los partidos.
- (2) La adscripción del estudiante al partido, es decir, su transformación en cuadro, ejerce precisamente su origen pequeñoburgués, pues, como se sabe, las características principales de los partidos de cuadro es la "igualdad de todos en el seno del partido", independientemente de los atributos sustantivos del militante. El formalismo de la noción de "cuadro" se traslada también a los movimientos sociales, que se transforman en "frentes", despojados igualmente de sus características y tradiciones históricas particulares. La relación entre "cuadro" y "frentes" también se formaliza mediante la "táctica" y la "estrategia" que se procura impulsar unánimemente en un momento dado. Evidentemente, estas formalizaciones conducen a construir una relación totalmente externa entre conciencia política y conciencia estudiantil, cuya vinculación se realiza normalmente en términos manipulativos y burocráticos.
- (3) El Partido Comunista moderó su crítica de la reforma universitaria, una vez que abandonó las tesis insurreccionalistas y asumió la línea de los frentes amplios antifascistas. La reforma universitaria se convierte en una de las tareas democráticas-nacionales que es necesario emprender como antesala de la revolución socialista. No obstante, la adjudicación de la reforma universitaria a los intereses democráticos-burgueses queda intacta en toda esta argumentación. La reforma es esencialmente extraña a los intereses proletarios, y sólo se asume con propósitos tácticos. Históricamente, esto condujo a un entendimiento bastante prolongado entre el establishment universitario encabezado por Juvenal Hernández y la Federación de Estudiantes, que en los años treinta y cuarenta abandona derechamente todo propósito reformista que pudiera amenazar a las burocracias académicas (de origen liberal y radical).

carácter reformista fueron reducidas al carácter de luchas reivindicativas, al modo del sindicalismo obrero. Por encima de la llamada lucha reivindicativa se constituyeron movimientos de juventudes políticas, convertidos la mayor parte de las veces, en instrumentos de agitación política directa (especialmente por su predisposición a la lucha callejera), en sedes de reclutamiento de cuadros partidarios y en verdaderas burocracias de solidaridad política.

Estos movimientos de juventudes políticas tuvieron su apogeo hacia finales de la década del treinta, durante las campañas del Frente Popular, y luego en los últimos años de la década del sesenta, donde los movimientos estudiantiles proporcionaron la base de reclutamiento de una juventud jacobina e intransigente, que jugara un papel sumamente activo durante el Gobierno de Allende. Estos grandes movimientos de juventudes políticas, no obstante, tendieron a languidecer y burocratizarse en los períodos de menor tensión y turbulencia política. Generalmente, en esos períodos, las juventudes políticas son derrotadas por el gremialismo estudiantil, que agita con gran eficacia la reacción contra la hiperpolitización universitaria.

Los conflictos entre juventudes políticas y gremialismo estudiantil atravesaron toda la historia de la FECH desde los treinta en adelante. Sin embargo, los movimientos reformistas (vinculados al programa de Córdoba) vuelven a aparecer: primero, entre los años 45 y 47, cuando se constituye un movimiento de reforma encabezado por dirigentes de escuelas universitarias que reaccionaron contra la burocratización de la Federación; y luego, en los años 67 y 68 con los estallidos reformistas que surgieron desde las universidades católicas. Ciertamente, ambos movimientos no nacieron ni remotamente vinculados con la tradición que encabezaran los estudiantes marxistas.

A menudo se ha criticado la obsolescencia del programa estudiantil de Córdoba. Pero, ¿cómo explicar la persistencia y continua reiteración de movimientos reformistas en la trayectoria de las luchas estudiantiles? Al parecer, hay que abandonar definitivamente la definición de clase que se acostumbra hacer de los estudiantes. Los estudiantes -muy probablemente por su desconexión con la estructura productiva- realizan muy fácilmente una vocación universalista, que otros movimientos habitualmente delegan (en los partidos) o nunca realizan por completo, permaneciendo en el plano de la lucha corporativa. Dentro de la tradición liberal iluminista de nuestras universidades, dicha vocación universalista no hace más que reforzarse y expandirse y encuentra entre los estudiantes la principal disposición para asumirla. En efecto, todos los movimientos estudiantiles reformistas han tenido esta vocación universalista y la reforma universitaria ha sido el principal instrumento a través del cual esta vocación se despliega.

En efecto, ¿cuáles son los principales obstáculos que se presentan para realizar esta vocación entre los estudiantes? Por un lado, la profesionalización o tecnocratización de la enseñanza universitaria que constriñe a los estudiantes a realizar únicamente su función social específica en la estructura de producción. Por otro lado, el autoritarismo universitario que ha sido habitualmente el instrumento fundamental para encuadrar a los estudiantes en esa tarea. La demanda por reforma universitaria, pues, lucha frontalmente contra estos obstáculos, y a la vez, contra la intervención estatal en las univer-

sidades (autonomía universitaria) y contra las burocracias académicas (docencia y asistencia libre; o curriculum flexible como se decía en los sesenta; y participación estudiantil que prive a esas burocracias del monopolio del poder universitario). La presencia estatal y la consolidación de burocracias académicas se presentan como los principales enemigos de los movimientos estudiantiles. No obstante, los movimientos de reforma universitaria nunca se han agotado en la tarea propiamente universitaria. El objetivo último de la reforma es la extensión universitaria, es decir, la realización de una vocación universal, llámese "misión histórica de las juventudes latinoamericanas" en los años 20 o "compromiso social de las juventudes" en la década del 60. Los efectos de modernización y racionalización universitaria que, algunas veces, han acompañado los procesos de reforma, han sido siempre la contracara tecnocrática de los movimientos reformistas (generalmente encabezados por funcionarios estatales o burócratas académicos). En cambio, para los estudiantes, la reforma es el sustrato de modificaciones fundamentales que requiere la vida universitaria para realizar una vocación que habitualmente trasciende las fronteras de la universidad.

El programa de Córdoba tiene, por lo tanto, una importancia fundamental, pues a través de la reforma los estudiantes han sido capaces de realizar una vocación universalista de gran resonancia pública. Cuando esta vocación, en cambio, se ha tratado de realizar a través de los partidos los estudiantes no han pasado más allá de constituir movimientos de juventudes políticas, habitualmente instrumentalizados en la lucha inmediata.

La reforma universitaria, pues, es la clave para comprender los principales movimientos estudiantiles que ha producido nuestra historia. Los movimientos reformistas no tienen nada que ver con los llamados "intereses de clase de una pequeña burguesía en ascenso" (salvo evidentemente las versiones tecnocráticas del reformismo universitario), sino, antes que nada, con la predilecta posición que manifiestan los estudiantes de realizar una vocación universalista que está presente precisamente en nuestra tradición universitaria de corte liberal iluminista (1)

La conciencia estudiantil, en efecto, tiene poco de corporativa o gremialista. Hemos visto que el gremialismo estudiantil es, más bien, una reacción contra la hiperpolitización de los estudiantes. Las tareas y luchas estudiantiles a lo largo de nuestra historia tienen que ver, una y otra vez, con la crítica de la sociedad, de la política y de la cultura de una época, y sólo

(1) En efecto, la reforma ha estado siempre emparentada con las tradiciones del liberalismo revolucionario: individualismo revolucionario, romanticismo, movimientos libertarios cercanos al anarquismo, cristianismo revolucionario, etc.. La dificultad del marxismo ortodoxo por entender la reforma universitaria es parte de una dificultad más general de nuestro marxismo por comprender la tradición revolucionaria del liberalismo. Frente a esta tradición, el marxismo ha asumido habitualmente una actitud despectiva ("conciencia atrasada") o ha provocado un proceso de cooptación ideológica, en general de gran eficacia, que abarca desde la marxistización de los movimientos de reforma universitaria hasta la marxistización de los movimientos cristianos y del propio socialismo chileno.

en muy contadas ocasiones, con el bienestar estudiantil, el futuro profesional o cosas por el estilo. Detrás de estas luchas estudiantiles se esconde precisamente la predisposición de los estudiantes de asumir una responsabilidad que vaya más allá del estudio profesional y de la competencia académica. Esta vocación, que hemos llamado universalista, exige y explica la persistencia histórica que han tenido las banderas reformistas entre los estudiantes y, sobre todo, la obstinada voluntad de los movimientos estudiantiles de realizar la reforma pese a su evidente fracaso histórico.

La dirección del reformismo estudiantil navega, pues, a contrapelo de los pretendidos intereses de clase que la tradición marxista ha querido adjudicar a los estudiantes. En efecto, todo el esfuerzo de la reforma consiste en despojar a los estudiantes de sus determinaciones de clase (interés profesional) y reemplazarlo por una conciencia universalista que surja de la crítica de la institución universitaria (profesionalismo y autoritarismo) y se despliegue hacia el resto de la sociedad. Este temperamento de los movimientos reformistas, habitualmente, no ha requerido de ninguna conciencia externa (partido) que se autoasigne la propiedad de los intereses universales de los estudiantes, sino que ha surgido desde el sustrato mismo de nuestras universidades liberales y de la tradición iluminista que ellas encarnan.

No obstante, esta cuestión ha sido virtualmente incomprendida por la tradición marxista que hemos descrito. La displiscencia de la izquierda respecto de la reforma universitaria vuelve a manifestarse, como en los treinta, con ocasión de los movimientos de reforma del sesenta. El esfuerzo principal de la izquierda en esos años será transformar los movimientos reformistas en movimientos políticos encuadrados dentro de los partidos proletarios. Otra vez, el dilema de hierro entre reforma y revolución será enarbolado para exorcizar el origen social pequeñoburgués de los estudiantes, mientras el culto al proletariado (convertido prontamente en culto al partido proletario) alcanza su mejor resplandor.

Esta crítica marxista de la reforma termina, evidentemente, por desarticular los movimientos estudiantiles, que ya hacia finales de los sesenta se desenvuelven dentro del esquema clásico que separa las juventudes políticas del gremialismo estudiantil.

En resumen, el problema de los movimientos estudiantiles se ha pensado históricamente desde dos vertientes: desde la tradición marxista ortodoxa que, por un lado, reduce la lucha estudiantil al nivel del reformismo pequeñoburgués, y por otro lado, constituye el "culto al proletariado" y promueve la construcción de juventudes políticas afiliadas a los partidos obreros, que representan o encarnan la vocación universal de los estudiantes. Frente a esta tradición se ha levantado permanentemente una tradición liberal revolucionaria (o radical si se quiere) que promueve el surgimiento de una conciencia universal entre los estudiantes desde la reforma universitaria en pugna contra aquellos obstáculos que comprimen al estudiante en una determinación de clase específica.

Esta última tradición, indudablemente, ha producido los movimientos estudiantiles más turbulentos, rebeldes y ofensivos que recordamos.